Antes y después del 48: Austria vista por los italianos

Marco Meriggi

[*Homenaje al Risorgimento*. Incluso una revista de teatro, especialmente si responde a una oficina editorial ubicada en Turín, puede brindar su pequeño homenaje a las celebraciones del 150 aniversario. Con este espíritu ya hemos publicado, en el número anterior, la contribución de Franco Pendii, El Risorgimento italiano visto desde Escandinavia. Ahora es el turno de un valioso historiador, Marco Meriggi, y de un igualmente valioso musicólogo (pero no querido por el poder de los músicos académicos italianos), Ernesto Napolitano. Los tres ensayos se presentaron originalmente en una conferencia celebrada el 4 y 5 de noviembre de 2010, titulada Italia-Austria. Cien años polémicos (1821-1918), promovido por el Departamento de Artes Artísticas, Musicales y Escénicas de la Universidad de Mirino.]

Conviene partir exactamente del punto que hemos imaginado considerando como punto de inflexión del escenario que nos disponemos a reconstruir: 1848. El que estalló en Milán durante los Cinco Días 18-22 de marzo fue, junto con el de Venecia que se produjo en los mismos días, el primer enfrentamiento verdaderamente coral y dramático entre el naciente patriotismo del Risorgimento italiano y el dominio ejercido por Austria sobre parte de la península desde el inicio de la restauración. En Milán, durante las décadas anteriores, se habían producido -por supuesto- episodios ocasionales de animosidad y odio por parte de algunos sectores de la sociedad local hacia el

gobierno dirigido desde Viena. Y en ocasiones también se habían traducido en verdaderos intentos de revuelta: por ejemplo la de 1821, organizada por Federico Confalonieri y Luigi Porro Lambertenghi y que pretendía dotar a gran parte de los protagonistas del "martirologio" de Spielberg, uno de los géneros clave del relato protopatriótico. -narración; y, de nuevo - recién montada, en verdad, y desarticulada antes incluso de tomar forma en algún plan operativo -, la tramada por la red Giovine Italia de Mazzini a principios de los años 30s. Pero la revuelta del 48 fue otra cosa, por la intensidad y amplitud de la implicación del conjunto de la población de la ciudad en una perspectiva aparentemente irreductiblemente antagónica a la dominación de los Habsburgo.

Sabemos que en la ciudad ambrosiana se produjeron las posiciones más radicales durante la insurrección -que provocó, cabe recordar, unos centenares de muertos entre la población civil de Milán, configurándose como uno de los episodios más sangrientos de toda la Europa del 48 - siendo asumido por Carlo Cattaneo, quien dirigió brevemente el Consejo de Guerra antes de ser expulsado junto con sus compañeros de aventuras del frente de los patricios moderados encabezados por el alcalde de la ciudad Gabrio Casati. Ahora bien, Cattaneo encomendó su propia versión de los hechos de aquellos días al escrito La insurrección de Milán de 1848. Y es precisamente en las primeras páginas de esta fuente donde vemos indicios aparentemente incongruentes con el perfil del antiaustríaco revolucionario en todo sentido que luego emerge del fluir de la narración. Demos la palabra a Cattaneo:

> *En la noche del 17 de marzo, uno de mis amigos, que llegaba de la casa del Conde O'Donnel, Vicepresidente del Gobierno, habiéndoseme anunciado que una nueva sedición en Viena nos traería la abolición de la censura, yo Inmediatamente resolví echarle una mano al día siguiente de la publicación de un periódico.*

¿La idea era escribir una proclamación incendiaria de una sola vez y llamar a los ciudadanos a las barricadas? No, ya que en el artículo imaginado como editorial para la nueva hoja (artículo, además, luego superado por los acontecimientos y por lo tanto no publicado), el editor del "Politécnico" formuló la esperanza de una renovación del imperio en un sentido marcadamente federal, considerándolo una condición aún más que suficiente para una permanencia consensuada de Lombardía en el nexo territorial dirigido por Viena. Era una línea, además, que Cattaneo ya había desarrollado coherentemente en los meses anteriores, proponiendo una mayor independencia de su región y del Véneto dentro de un imperio, que todavía no tenía intención de despreciar como edificio político de referencia sólo por las ventajas conspicuas que el comercio lombardo podría derivar de él. Se volvería explícitamente antiaustríaco (pero, al mismo tiempo, no hay que olvidarlo, también ferozmente antisaboyano) a partir de 1848. Pero, en realidad, hasta el estallido de la insurrección, el polemista milanés había sido, a su manera, un austro-lombardo; a veces crítico en la medida en que a él, como a cualquier otro, se le otorgó la censura propia de un estado absolutista hacia el gobierno, pero también dispuesto a dialogar al menos con ciertos sectores de este último. Lo demuestra, entre otras cosas, su presencia en el Instituto Lombardo de las Ciencias, las Letras y las Artes, así como su nombramiento, pocos meses antes de la insurrección, en el seno de una comisión nombrada por el gobierno para elaborar un plan de reformas administrativas para el reino Lombardo-Veneto. Es cierto, sin embargo, que el exceso de sinceridad prodigado en aquella ocasión le había llevado a evitar por poco la deportación a Lubiana, de donde su amigo Heinrich Mylius, otra de las figuras que en Milán en aquellos años a menudo hacía de puente entre los ciudadanos de Milán y las autoridades austriacas.

En los días de la revolución y luego en las semanas siguientes, Cattaneo chocó varias veces con un personaje que logró, pivotando sólidamente en una alianza con el Piamonte de Carlo Alberto, arrebatarle el liderazgo de la ciudad rebelde. Fue el conde Gabrío Casati, podestà -o alcalde- de Milán en el

momento de la insurrección, quien, una vez que las tropas austríacas recuperaron el control de la situación, en agosto de 1848, abandonó Lombardía para instalarse definitivamente en Turín. Aquí logró consolidarse como figura destacada del panorama político local, representando a la copiosa diáspora lombarda que desembarcó allí con él en el verano de 1848 y en los meses siguientes. A diferencia de Cattaneo, Casati no era un radical. Lejos de ahi. Y, sin embargo, también para él 1848 marcó el inicio de un proceso de terminación abrupta de cualquier vínculo con Austria. ¿Pero antes? También había habido algunos en su caso.

El hecho de que ocupara el cargo de podestà -y más en una ciudad tan importante como Milán- era ya una señal de que el gobierno austriaco confiaba en él, pues el nombramiento para ese cargo dependía en última instancia del emperador, quien ciertamente no permitió que las personas sospechosas de albergar sentimientos anti-austriacos lo usaran. Pero había más. El conde Casati, en realidad, tenía dos hijos y había pensado en encaminar a ambos a una carrera oficial, enviando a uno de ellos a la Academia Militar de Turín —la escuela superior de formación militar en la que sería su patria tras las electivas de 1848—; el otro, sin embargo, en la Universidad de Innsbruck, donde se seleccionó la flor de lo que iba a ser la alta burocracia de los Habsburgo. Pero no es como si tuviera su pie en dos paréntesis mutuamente irreconciliables. La dinastía Saboya y la de los Habsburgo estaban de hecho relacionadas en un doble y triple nudo por una serie de matrimonios contraídos por miembros de las dos casas en las décadas anteriores, y hasta 1848 las relaciones oficiales entre Turín y Viena estaban sustancialmente en sintonía con la colaboración, dado que para los gobiernos de las dos capitales -ambos de carácter absolutista- la preocupación común era mantener bajo control a los militantes nacionalistas que amenazaban con hacer temblar ambos tronos. Mazzini y su red representaron en definitiva, un problema tanto para Metternich como para Carlos Alberto.

Pero volvamos a Cattaneo y Casati. Lo que se nos ha revelado es que 1848 —nuestro parteaguas— transformó en indestructibles antiaustriacos a dos

figuras que, a pesar de la indudable diversidad de sus respectivas opiniones políticas y culturales, hasta el año anterior podrían haber sido definidas incluso por los más ardientes patriotas -y no sin razón- con el ofensivo epíteto de los austriacantes.

Tan evidente y virulento en 1848, ¿dónde se escondía el sentimiento anti-austríaco en Italia antes de esa fecha? Y cuéntanos ¿de qué, concretamente, se alimentaba? Y finalmente, ¿estaba contrarrestado por sentimientos de signo opuesto?

Estuvo presente, por supuesto, entre los patriotas más ardientes y entre los militantes de las organizaciones clandestinas revolucionarias. Pero para ellos, que lucharon por una libertad desconocida en todos los rincones de la península, Austria no era ciertamente el único ídolo polémico. Y en efecto, en el catalizador de su animosidad se encontró en compañía de casi todas las cabezas coronadas de la península. Como en Lombardía y Véneto contra los Habsburgo, así en el reino de Cerdeña la gente conspiró contra Saboya, en el estado papal contra el papa, en los ducados y grandes ducados de Italia central contra sus respectivos gobernantes, en el reino de las Dos Sicilias contra los Borbones. En otras palabras, conspiraron contra los enemigos de la libertad, antes incluso que contra los poseedores de un dominio extranjero. Además, el hecho es que, dentro del frente antiliberal en el que lucharon todos los gobernantes de Italia, Austria sin duda tuvo un papel especial y dominante. La influencia liberticida de Viena en la península, de hecho, no se limitó a la "Austria italiana", que se extendía desde el Tesino hasta la frontera nororiental de la península (reino lombardo-véneto, Trentino, región juliana), y que, en una posición más aislada e indirecta, también incluía a los duques paduanos y al Gran Ducado de Toscana. Debido a los acuerdos estipulados con motivo del Congreso de Viena, también se extendió al resto de la península, ya que a los Habsburgo les correspondía el papel de garantes y guardianes del status quo absolutista de todos los estados comprendidos entre la vertiente sur de los Alpes y Sicilia.

En 1820 y 1821 fueron las tropas austríacas las que sofocaron los levantamientos constitucionales antisabadíes y antiborbónicos que estallaron en el reino de Cerdeña y en el de las Dos Sicilias respectivamente. Y en los años siguientes una parte conspicua de los contingentes militares de los Habsburgo que llegaron a Nápoles para acabar con la revolución constitucional permanecieron acuartelados en el reino borbónico, pagados por el erario y los contribuyentes locales. En aquellos años, como ha demostrado María Carmela Schisani en un valioso artículo reciente, las finanzas de las Dos Sicilias estaban de hecho encomendadas a la gestión de la casa Rothschild, que Metternich había impuesto al gobierno local como garante -pero también como guía- de la recuperación financiera del país; un país, por lo tanto, con soberanía virtualmente limitada.

El guion escenificado entre 1820 y 1821 en el reino de Cerdeña y en el de las Dos Sicilias se replicó puntualmente en 1831, cuando los ducados del Po y las legaciones papales dieron vida a las insurrecciones liberales. También en este caso, la insurrección fue aplastada por los austriacos, que ya gozaban de la prerrogativa de acantonar una guarnición permanente en el interior de la ciudadela de Ferrara desde 1815, y que una vez restablecido el orden impusieron una especie de protección al gobierno pontificio, como lo habían ejercido sobre el gobierno napolitano de los Borbón en la última década. Incluso en este caso, no se trataba de una tutela puramente militar y externa. Por el contrario, supuso una injerencia directa en los órganos de decisión de los dos Estados, lo que se manifestó en la imposición de reformas administrativas que los austriacos consideraron adecuadas para contener la temida expansión del "espíritu de la revolución".

Pero el hecho es que este "espíritu" se mantuvo vivo en todo caso por finas capas de la población de los estados que componían la península. Incluso en estos últimos -aunque con mayor dificultad que en otros países europeos- en aquellas décadas se estaba agregando sin duda una opinión pública que no se había dado antes como un sujeto social definido y reconocible. Pero la opinión pública no era toda progresista y liberal. De hecho, también había un

sector decididamente orientado en una dirección legitimista y conservadora, que en principio se había mostrado, al menos inicialmente, que le gustaba el regreso de Austria a la península tras el doloroso paréntesis de los veinte años revolucionarios y napoleónicos que tuvieron lugar entre finales del siglo XVIII y 1815. Y entre los exponentes de este medio político y cultural había muchos partidarios "militantes" de Austria -para ser claros: figuras como los editores de la "Biblioteca Italiana" estudiada por Bizzocchi o como los intelectuales funcionarios de origen trentino analizados por Roberta Turchi y Erica Sfredda- tanto como elementos con los estados de ánimo ideológicos más fluctuantes y matizados, para quienes el retorno de Austria después de Napoleón se proponía como una suerte de espejismo, que sólo en parte si hubiera mantenido, a lo largo del tiempo, las expectativas iniciales.

En este sentido, pensemos en una figura como la del conde lombardo Giacomo Mellerío, que en los primeros años de la restauración había mediado entre Milán y Viena con la esperanza de obtener una suerte de restauración del antiguo régimen y que, a pesar de los desengaños sufridos en este sentido, también había seguido esperando un renacimiento del papel de la Iglesia y la aristocracia más tradicionalistas en la Austria italiana:

> *Mellerio no fue un caso aislado, sino el exponente más destacado de una sensibilidad extendida, tanto católica como aristocrática, y de esa alianza conservadora y antimodernista entre trono y altar que Austria se mostraba queriendo volver a proponer, sólo se esperaban buenos resultados para luego practicarlo unilateralmente. No todos los católicos compartían plenamente su orientación, pero no percibían su batalla como radicalmente diferente de la suya. Entre sus amigos más cercanos estaba, por ejemplo, Alessandro Manzoni.*

Y, aún en el campo católico, es igualmente contra el trasfondo de una desilusión con la política religiosa del gobierno austríaco, que él habría esperado

que fuera rechazada de maneras menos invasivas que las practicadas por el gobierno napoleónico cesado, y que en cambio retomó el camino "estadístico" del jurisdiccionalismo que se ajusta a la inquietud de una figura como la de Antonio Rosmini, partidario -más que de un liberalismo *sui generis*- de una *Libertas Ecclesiae*, cuya inversión debería haber supuesto el retroceso simultáneo de la injerencia estatal en asuntos religiosos.

El hecho es que el partido más genuinamente "austríaco" presente tanto en los dominios italianos directos de Austria como en el resto de la península se había construido como tal, dejándose hechizar por la perspectiva de una Austria imaginaria, muy lejana de la verdadera. Estaba compuesta por el ala más conservadora de la aristocracia y el clero, que había visto en el regreso del águila imperial a Italia el requisito previo para la restauración del antiguo régimen. Ahora bien, el estado de los Habsburgo de la era de la Restauración ciertamente no fue tan devastador y agresivo con la sociedad tradicional como lo había sido el estado napoleónico, que los reaccionarios habían percibido en gran medida como el heredero directo de la revolución. Y, sin embargo, especialmente en ciertos sectores cruciales de la administración pública, había terminado por asumir un perfil un tanto semicolonial en sus territorios italianos.

Sin duda, se pagaron menos impuestos que en la era napoleónica. Y, sin embargo, como sucede a menudo, todavía existía la percepción de pagar demasiado y, sobre todo, de ver el producto disperso a lo lejos, en beneficio de aquellas instituciones centrales del imperio en las que los súbditos italianos de la casa de Austria tenían poca voz en el gobierno. Y, además, en el contexto de la administración de justicia y de la policía (aunque en mucha menor medida, sin embargo, en el de la administración civil) Viena recurría a veces a funcionarios de otras zonas del imperio. En particular, en Lombardía-Véneto se ofrecieron buenas oportunidades de carrera a los trentinos, de lengua materna italiana, pero generalmente pasaron por una formación en instituciones educativas más allá de los Alpes y dominaban perfectamente el idioma alemán; figuras como los jueces Salvotti, Mazzetti, Zajotti, o el jefe de policía milanés Torresani, a quienes los más acérrimos opositores al gobierno

tendían a asimilar *tout court* a los alemanes y por tanto a despreciar su identidad italiana, aunque algunos de ellos tenían relaciones intensas con los locales por la cultura. Además de los tres jueces trentinos mencionados anteriormente, basta, en este sentido, pensar en una figura como la del poeta (y funcionario público) Andrea Maffei, conocido por otras cosas sobre todo por la celebridad del salón liberal animado por su mujer -la condesa Clara- tras la separación de su marido, quien, por otra parte, no compartía en absoluto su orientación antiaustriaca.

Finalmente, las posiciones más altas del ejército de los Habsburgo estacionados en Italia estaban en gran parte ocupadas por un cuerpo de oficiales de habla alemana: el que fue entrenado asistiendo a las academias militares austriacas, a cuyas puertas los lombardos y venecianos rara vez llamaban. En 1848, en vísperas de la revolución, sólo el 33% de las tropas bajo el mando de Radetzky eran de origen lombardo o veneciano, mientras que el resto de los soldados estaba formado no sólo por austriacos, sino también por bohemios, moravos, húngaros y croatas. Entre los oficiales, los italianos se podían contar con los dedos de una mano. No hubo clase militar italiana bajo Austria. Por el contrario, en la época napoleónica, a pesar de la fuerte dependencia política de los territorios italianos de Francia, las jerarquías locales del poder público -tanto en la esfera civil como en la militar- habían asumido por regla general una fisonomía íntegramente italiana; lo que, además, no había impedido en modo alguno que la aversión a su régimen fuera generalizada en el momento del derrumbe de Napoleón. Pero fue sobre todo entre las clases populares y entre las filas de la aristocracia y el clero. Mucho menos, sin embargo, en las filas de esa burguesía de la administración, de las profesiones, de la empresa económica que se había beneficiado de la huida del antiguo régimen consolidado en los primeros quince años del siglo XIX.

Además, en este caso, se trataba de una transformación un tanto definitiva, que Austria no cuestionó sustancialmente después de 1815. Y, mientras en las décadas de la restauración crecía el desencanto de viejos aristócratas y clérigos con el gobierno austríaco en Italia, llegando en ocasiones a cubrir sus

propias razones con una pátina seudoliberal, la capa social paradójicamente más confiada en los buenos oficios de la administración que, aunque lenta y engorrosa, daba una discreta garantía de orden y solidez, era la formada por los operadores económicos activos en un mercado en expansión. De hecho, el marco político-institucional del imperio austríaco puso a disposición de estos últimos espacios conspicuos para su tráfico y negocios, mientras que las autoridades gubernamentales, por su parte, se dedicaron a actividades infraestructurales que tenían como objetivo el crecimiento de la productividad y la riqueza, tanto en las provincias italianas como en el imperio en su conjunto. En definitiva, no es casualidad que ya en vísperas de 1848 nos encontráramos por casualidad con un Carlo Cattaneo –definido por algunos como el ideólogo de la burguesía industrial italiana– bastante vacilante ante la perspectiva de romper los lazos con Viena, e inclinado, más bien , buscar en el contexto imperial una ubicación más favorable para los intereses económicos de su Lombardía; tanto más cuanto que no desesperó, hasta entonces, de una posible evolución liberal de las propias instituciones políticas austriacas. Pero 1848 cambió las cartas sobre la mesa. Y no sólo en los lugares -Milán y Venecia- que primero se convirtieron en protagonistas de una insurrección, luego de una valerosa defensa contra la reacción austriaca. Tomemos, por ejemplo, el caso de Florencia, que, aunque la capital de un estado sujeto a una cabeza coronada de los Habsburgo (es decir, la del hermano del emperador de Austria), gozó sin embargo de una independencia incomparablemente mayor de Viena que la que gozaron los lombardos-venetos. Damos la palabra a Giuseppe Giusti:

> *Fue una gran cosa empezar a mirar a la cara ya reírnos a la cara de nuestros viejos amos y guardianes y romper una vez más con ese amargo prestigio que nos hacía creer que había que comer Austria hasta en pan. Una vez que vimos que Austria era Austria, y nosotros éramos nosotros, las cosas cambiaron rápidamente.*

Un giro diferente y sin precedentes, por tanto; el giro sugerido por el surgimiento de un problema de independencia, para todo estado peninsular que quisiera aspirar a un puerto liberal, cuya resolución sólo podía pasar por una rescisión de la engorrosa tutela ejercida por la casa de Austria. En el caso del gran ducado de Toscana se expresó indirectamente y, sin embargo, ahora se hizo evidente por la polarización impresa en los acontecimientos por la coyuntura revolucionaria. Leopoldo de Habsburgo-Lorena había gobernado hasta entonces el gran ducado como «por la gracia de Dios Príncipe Imperial de Austria, Príncipe Real de Hungría y Bohemia, Archiduque de Austria, Gran Duque de Toscana». Pero no es de creer que sus súbditos toscanos anteriores a 1848 hubieran tenido ocasión de prestar mucha atención a la serie inicial de títulos; o darse cuenta de lo que pudiera derivarse de la anfibia posición de su soberano, destacada en ella; por ejemplo el compartir, para su estado, parte del aparato diplomático con Viena. Ahora, a la inversa, lo que no había despertado ningún desconcierto particular hasta unos meses antes, de repente se volvió inaceptable. Así dijo Giuseppe Montanelli, en una circular del 1 de noviembre de 1848:

> *Considerando que quien representa al Estado enemigo de Italia no puede representar a un Estado italiano, decreto [que] todos aquellos cónsules que representaron a Austria y Toscana al mismo tiempo deben cesar inmediatamente en su cargo y entregar su licencia al Gobierno Real.*

Apenas dos semanas después, Giuseppe Mazzini, que al comienzo de su apostolado patriótico -en la década de 1830- había identificado el principal objetivo para señalar a sus discípulos en la cabeza coronada sentada en el trono de Saboya, incluso más que en el gobierno de Viena, escribió a uno de sus corresponsales que "ya no se trata de la república ni de otras ideas que se dejen para el futuro; es un duelo a muerte con Austria".

Mientras tanto, entre las tropas italianas que aún permanecían bajo las órdenes del mariscal de campo Radetzky, los insurgentes habían tratado de hacer circular un catecismo revolucionario, en el que calificaban a los austriacos como "alemanes" destinados a ahogarse en su propia sangre y a los italianos que lucharon junto a ellos como “caínes” condenados a la “eterna condenación”. Estando en Milán en el verano del 48, ya a punto de capitular dado el feo giro que tomó la primera guerra de independencia, circulaba entre la población civil un Padre Nuestro de los lombardos, compuesto por M. Maggioni, donde, en rima, se leía lo siguiente: «Líbranos del mal / y de los alemanes. / Salvemos a los infelices lombardos / de la Cancillería Aulica y de Radetzky».

Se podría continuar, con testimonios de casi todo el centro-norte de Italia (no, sin embargo, del sur de Italia, para el cual Austria seguía siendo, en 1848, un blanco polémico más bien pálido). Pero el hecho es que, después de haber alcanzado su cenit entre 1848 y 1849, el sentimiento anti-austriaco experimentó -sobre todo en los años centrales de la llamada "década de preparación"- una atenuación palpable. En efecto, a decir verdad, ya en el momento de la reocupación austríaca de Lombardía (agosto de 1848) pareció durante algún tiempo que los campesinos, que no habían permanecido del todo insensibles a las sirenas de la lucha por la libertad en los meses anteriores, habían decidido volver a culpar a sus amos (lombardos, y a veces liberales) en lugar del gobierno "extranjero" en su país; tanto es así que en el campo de la región se escuchaba a menudo la consigna: «Viva Radetzky e viva Metternich. / La Forca ai sciori e viva i povaritt». Radetzky, en los años siguientes, se entregó gustosamente a este talante antipropietario (y antipatriótico) de la plebe rural lombarda, ya que fue precisamente entre las filas de la aristocracia terrateniente de la región donde se encontraban algunos de los líderes más peligrosos de la revuelta que habían inflamado Milán en los meses anteriores. ¿Una disipación definitiva de esa disponibilidad de las élites nobiliarias lombardas (y venecianas) para el diálogo con Viena, que se había manifestado en varias

ocasiones durante la época de la restauración? Una vez más, se requiere precaución.

En efecto, en la segunda mitad de la década de 1850, con el gobierno de Maximiliano de Habsburgo, el estado de sitio impuesto a las provincias rebeldes italianas en la primera mitad de esa década dio paso a una política pragmática de conciliación y liberalización parcial, que de alguna manera reparó la ruptura entre Viena y las élites gobernantes locales, aprovechando también la contribución de algunos exponentes del mundo de la cultura lombardo-véneto (por ejemplo, los lombardos Cesare Cantù, Giuseppe Rovani, Stefano Jacini y el veneciano Valentino Pasini), inmediatamente acusados de el "austriacantismo" por el frente patriótico. Además, el concordato estipulado entre Viena y el Papa en 1855 –precisamente en la época en que se agudizaba el enfrentamiento entre Estado e Iglesia en el reino liberal de Cerdeña– devolvió a Austria una legitimidad religiosa flamante y, gracias a ello, le otorgó un crédito cada vez mayor entre aquellos que identificaron su referencia de identidad predominante en el altar. Fue en esos años cuando se consolidó en Milán ese catolicismo intransigente y al menos potencialmente pro-austríaco -ciertamente conservador- que daría amplias muestras de sí mismo en las décadas posteriores a la unificación.

Y, sin embargo, a la larga la página de 1848, y sus apéndices en Venecia y Brescia en 1849, sin duda le dejaron una huella profunda; y no sólo en Milán, Venecia, Florencia, sino también en Turín, donde en las décadas anteriores Austria había entrado en la imaginación negativa de los propios liberales en una medida bastante modesta, y donde en cambio en los años de la década de 1850, Turín vino a rescatar a todo un mundo de exiliados de otros estados italianos, para quienes la elección saboyana implicaba necesariamente una ferozmente antiaustríaca al mismo tiempo.

Por supuesto, no todos los italianos habían luchado contra ellos. Sin embargo, las de 1848 y 1849 contra Austria habían sido guerras, no escaramuzas; guerras libradas tanto por voluntarios como por tropas regulares; guerras que habían dejado tras de sí -como siempre sucede- un reguero de muertos, heridos,

discapacitados, familias rotas, casas destruidas, saqueos y violaciones, y que además de todo ello habían provocado la escarcha diplomática entre dos dinastías -la de los Habsburgo y la de los Saboya - que había mantenido previamente relaciones de intensa intimidad parental. Nacido en 1820, Víctor Emanuel II aún había tenido tiempo de casarse en 1842 con su prima María Adelaida de Austria-Lorena, a su vez hija del pre-cuarenta y ocho virrey de Lombardía-Venecia, Ranieri de Habsburgo, hermano del emperador de Austria, y de su esposa Isabel de Saboya, hermana de Carlos Alberto, quien fue padre de Víctor Emanuel; mientras que su madre fue María Teresa de Lorena, hija de Fernando III de Habsburgo, Gran Duque de Toscana. Después de los pruebas de fuego de 1848 y 1849, el mundo evocado por entrelazamientos dinásticos similares de repente ya no existe: una identidad italiana imaginaria recortada principalmente en contraste con cierto ícono caricaturizado de Austria. Giuseppe Garibaldi condensó cáusticamente sus rasgos cuando, en 1876, estigmatizó «*los ultrajes y el derramamiento de sangre de los asesinatos cometidos por ese lío (es decir, los austriacos), cuando Italia pagó la culpa de haberlos sacado de los bosques, por donde andaban a cuatro patas, y comenzamos a caminar como personas*».